



CAPÍTULO VIII

DE UN EFECTO MARAVILLOSO QUE CAUSAN EN
EL ALMA LAS AUSENCIAS DE DIOS, Y DEL DES-
FALLECIMIENTO DEL AMOR.

GIENEN, dice Ricardo, los espíritus enamora-
dos, detenidos aún, y oprimidos con la
carga de nuestra carne corruptible, muy fre-
cuentemente alegría de la presencia y visita-
ción de Dios, pero no hartura y abundancia
conforme á su deseo, porque nunca es llena,
larga y muy cumplida.» Por lo cual parece ju-
gar Dios con un gracioso juego con sus amigos;
á los cuales, cuando piensan que le tienen, se les
va de las manos. Déjase asir: si le siguen, finge
que huye y va desesperado; desea que le tiren
de la falda y hace que va de camino, como vi-
mos en los discípulos de Emaus (1). En asién-
dole, vuelve á desaparecer hasta que de nuevo
le busquen con lágrimas y gemidos. Es lo que
dijo el santo Job (2): *Pasará por junto á mí y es-*

(1) Luc., 22.

(2) Si venerit ad me, non videbo eum.—Job, 9.

*tará conmigo y no le verá. Si abierit, non intelli-
gam.* Ausentarse ha, y no lo entenderé. De aquí
es que, aunque deleita visitando, molesta y
aflige con sus ausencias.

¡Qué atónita queda un ánima y qué llena de
admiración y espanto cuando quitándole Dios
la dulcedumbre de su presencia, con la cual go-
zaba de una altísima libertad, la vuelve á dejar
cautiva en la mazmorra de su carne y en los la-
zos de sus sentidos! Es como si la sacasen de la
gloria y la pusiesen en este valle de miserias,
adonde está resfriada y casi muerta la caridad,
la sensualidad reina, los ojos del entendimiento
están turbados y ciegos, y los sentidos del cuer-
po en todo su vigor y fuerza. Desfallece en este
tiempo, y, sacando de lo íntimo de sus entrañas
largos y prolijos suspiros, de allí se confiesa mi-
serable de donde fué bienaventurada. Porque
cuanto le fueron de mayor gusto los regalos que
de su Esposo en su visitación recibió, tanto más
siente verse privada de ellos. Porque, privar á
uno de la cosa que mucho ama, es aumentarle
más el deseo, para que con mayor ardor busque
y anhele para aquello de que con tanto dolor
fué privado.

Y ésta suelen llamar la *enfermedad del amor*;
que á mi ver no es otra cosa que un tedio del im-
paciente deseo, el cual es fuerza padecer el aman-
te ausente de lo que ama. ¡Oh ausencia pre-
sente, y presente ausencia de aquel que junta-
mente se pierde y se tiene! En balde trabaja

cualquiera que pretende mitigar el dolor del que así está de amor enfermo, ó consolar su triste y afligido corazón, como de verdad esté dentro la llaga del amor, que sólo puede curar el que la hizo. No es posible mitigarse la sagrada amargura del secreto dolor, porque la privación del gusto interior no puede ser redimida ni remediada con algún consuelo exterior; antes (como decía el santo Job), el alma que á tal punto viene, tiene por molestos y penosos todos sus consoladores. Por ventura ¿no se hallaba en este estado aquel que decía (1): «Dió mi ánima de mano toda humana consolación, acordéme de mi Dios y recibí regalo y deleite, y desfalleció mi espíritu»? Dichosa tristeza y bienaventurada amargura la que no se concibe por alguna criatura, sino por la ausencia del Criador. Indigno es, por cierto, de tener por consolador al que es Dios de toda consolación el que de alguna cosa criada, ó de todas juntas, quiso recibir consuelo. El que aprendió á no amar cosa alguna fuera de Dios, no hay de dónde le pueda venir consuelo sino de Dios. Tengan otros sus varias y vanas consolaciones, á los cuales dice la sabiduría del Padre: *¡Ay de vosotros, que tenéis aquí vuestra consolación!* (2). Que el alma enamorada, sólo á Aquel quiere por consolador que

(1) Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum: et defecit spiritus meus.—Psal. 76.

(2) Lucæ, 7.

dentro de Sí tiene aposentado, el cual, aunque para merecer nunca falta á los justos, fáltales muchas veces para consolarlos, privándoles de lo más dulce por darles lo más provechoso. Presente está la suavidad de Dios; pero, como no toca á los sentidos del corazón, no se siente; está escondida, y por esta causa no es conocida.

Débese mucho notar que, cuando el ánima siente la ausencia del Amado, ni suele dormir, ni dormirar (como hicieron las vírgenes locas); antes, sacudida con diversos sollozos y despierta con gemidos, no puede disimular su tristeza, ni esconder el fuego que abrasa su pecho; antes, como dice el santo Profeta (1), «desfallecen sus ojos mirando cuándo verá ó sentirá venir la salud de Dios», cuya venida, aunque acelerada y presta, juzga siempre por tardía y espaciosa. Gran molestia, por cierto, no poder entretener la sed resistiendo, ni apagarla bebiendo. Maravillosa hambre la que con ninguna medicina se expele, ni con alguna refección se aplaca. Enfermedad irremediable, para la cual, aunque se busca remedio, nunca se halla; antes, lo que parece que ha de dar salud, se convierte en materia de furor. Éste es aquel grado de amor que, como al principio dijimos, hace desfallecer. En este estado se halla el alma como el enfermo que desahuciado y dejado de los médicos, viéndose privado de la libertad de sus miem-

(1) Ps. 118.

bros, sin acordarse de cosa criada, agoniza con la muerte, esperándola por momentos. A este punto había llegado aquel que decía (1): *Desfalleció mi ánima en tu salud*. Sobre las cuales palabras divinamente dice San Ambrosio: «No nos engañe este lenguaje del Profeta tan usado en el mundo, para que juzguemos su desfallecimiento y desmayo ser semejante al que con el demasiado trabajo corporal solemos sentir. Porque no dijo: desfalleció mi ánima solamente, sino desfalleció mi ánima en tu salud». Otra manera hay de desfallecer, es á saber: amando. Y así solemos decir: Fulano desfalleció amando á tal persona, en lo cual no significamos que se le acabó el amor, como se le acaban las fuerzas al que con el corporal trabajo desfallece; sino que trascendió amando el deseo de la tal persona.

La experiencia nos muestra que, cuando con grande ansia deseamos alguna cosa y esperamos verla puesta en obra con brevedad, su esperanza (aunque corta) nos parece larga y nos cansa y hace desfallecer. Al fin, todo lo que se desea mucho, si no se consigue conforme al deseo, es visto que hace desfallecer al que lo desea en ello, y en cierta manera morir, en el cual desfallecimiento y muerte no está el fin del amor, sino el mayor crecimiento y aumento. Y tanto más desfallece el ánima cuanto más lejos le parece

(1) Defecit in salutare tuum anima mea.—Ps. 118.

que tiene lo que ama. En esto sólo piensa y ocupa toda su consideración, y, como deshecha y derretida, se transforma y desfallece en ello. Así que, cuanto el afecto del amante más se cansa, más crece su amor, y, cuanto más se dilata la posesión de lo que ama, tanto más enferman los deseos del que amando espera. A lo menos Liconense, autor gravísimo, pone por señal principal del perfectísimo amor esta esperanza fastidiosa y cansada. Y dando la razón, dice: «Ninguna cosa hay en el mundo más veloz, más aguda, más sutil ni más penetrativa que el amor que se endereza á la cosa amada; porque, naturalmente, no reposa ni se inquieta hasta haber penetrado substancialmente toda la profundidad de ella, y hasta haber transcendido su totalidad cuanto le es posible». Y cuando el curso de este amor es impedido ó retardado, de cualquiera manera que sea, toda el ánima se turba y es afligida y enfadada con la dilación y esperanza. Porque (como dice Ricardo), al que ama, toda tardanza le parece muy larga, y toda esperanza le es enfadosa y pesada, y clama con el santo Job (1): *¡Oh, Señor, y qué cansado y enfadado estoy de vivir!* Sobre las cuales palabras dice San Gregorio: «La vida presente entonces comienza á darnos en rostro y tenerse en poco cuando el amor divino comienza á sernos sabroso y dulce». Por lo cual, todos los que per-

(1) Job, 3.

fectamente aman suelen aborrecer cualquiera cosa que les es impedimento para llegar á lo que así aman. *El divino amor* (dice Gilberto) *es impacientísimo de ocupaciones terrenas*. Quiere decir que no puede sufrir ocupaciones de la tierra; harto tiene que acudir á sus negocios; gózase con el ocio, susténtase con la quietud y, deseando tiempos libres para la dilección interior, dice y confiesa que es cosa dura al que ama dime- diar su ánimo con Cristo y el mundo, y en las leyes del amor no se tolera admitir cuidados peregrinos y perturbar el celestial secreto con los alborotos seculares; porque el amor no quiere más que amar. De toda esta doctrina se consigue que lo que quiso significar el Profeta en estas palabras: *Desfalleció mi ánima en tu salud*, no fué que estaba cansado de amar, ó que se le había acabado el amor, sino que ninguna otra cosa deseaba sino á Cristo, que es la salud de Dios, y que era tan grande este deseo que, pareciéndole que no se le había de cumplir, desfallecía en él con la gran fuerza del amor.



CAPÍTULO IX

DE LA SUSPENSIÓN DE NUESTRA ALMA EN DIOS
Y DE SU PERFECTA MORTIFICACIÓN

FILOSOFANDO el divino Gregorio sobre aquellas palabras de Job (1): *Los que esperan la muerte y no viene, son como los que cavan tesoros, que no caben de gozo cuando se hallan un sepulcro*. Entre otras cosas admirables, dice: «Los justos
»muchas veces no llegan á la consecución de los
»deseos que en sí conciben, para que por medio
»de la tardanza y dilación, ensanchando el seno
»de la mente, esos mismos deseos se dilaten
»más, y los que, por ventura, cumplidos se re-
»mitieran, diferidos crezcan y se hagan mayo-
»res» (2). Desean los justos la muerte, no tanto la corporal cuanto la mística; esto es, morir á todas las cosas, por poder perfectamente contemplar y ver la cara de Dios; mas difiéreseles

(1) Qui expectant mortem, et non venit, quasi effodientes thesauros gaudentque vehementer, cum invenerint sepulchrum.

(2) Greg., lib. 5.

el cumplimiento de este deseo de perfecta mortificación, no porque no sea muy bueno, sino porque los senos del ánimo se ensanchan más con la tardanza. Los que esperan, pues, la muerte, y no viene, son como los que cavan tesoros, que no se desalientan y desmayan cavando, sino tanto más brío cobran cuanto más se allegan al tesoro; especialmente si de cuando en cuando se descubren algunos granos del oro de la gloria que buscamos.

El Apóstol San Pablo, escribiendo á los hebreos, dice (1): «Trabajemos todos juntos y á una en buscar el tesoro escondido, por que unos á otros nos consolemos y animemos al trabajo, tanto más cuanto viésemos que el día de su posesión más se nos acerca». Como si les dijera: ¿Tesoro buscáis? No desmayéis; antes, cuanto más cerca del oro os sintiereis, tanto más os esforzaréis y animaréis al trabajo. «Ó como se huelgan los que andan buscando tesoros (dice Job) cuando topan un sepulcro, porque en estos lugares solían los antiguos con sus muertos depositar y esconder sus riquezas» (2). Y el que buscando tesoros hallaba un sepulcro, alegrábase mucho, porque hacía cuenta que quedaba rico. Bienaventurada el alma que, muerta per-

(1) Non deserente collectionem nostram sicut est consuetudinis quibusdam, sed consolantes, et magis quanto videritis appropinquantem.—Die heb., 10.

(2) Job, 3.

fectamente al mundo, halló un sepulcro donde enterrarse y esconderse por no tener que ver más con el mundo.

San Gregorio llama sepulcro á la contemplación; porque como el cuerpo se esconde en la sepultura para no ver ni ser visto, así el ánimo se esconde allí para no ver ni que le vea el mundo. Pero ¿qué necesidad hay de hacer sepulcro á la contemplación? ¿No podemos hacer al mismo Dios, en quien se contempla, pues que el alma muerta al mundo vive en Él? Sí; que el Apóstol en Dios dijo que habían escondido su vida los que la habían retraído del mundo (1). «Estáis, dice, muertos; no tenéis vida, porque la habéis puesto en depósito con temor de perderla; y el depositario es tal, que la tenéis segura y cierta. ¿Qué mayor seguridad para mi vida que depositarla en Dios? Si yo quisiese guardar mi vida en mí, ó la diese á guardar á otro que no fuese Dios, infaliblemente la perdería; porque en sólo Dios está seguro y sin peligro lo que se solicita y guarda». «A los que se acogieren á Vos (dice el Profeta), esconderlos heis de la conturbación de los hombres y contradicción de las lenguas, en el escondrijo de vuestro rostro (2). ¿Qué cosa es estar un alma

(1) Mortui estis, et vita vestra abscondita est cum Christo in Deo.—Colos., 3.

(2) Abscondes eos in abscondito faciei tuæ a conturbatione hominum.—Psal. 30.

escondida de los tumultos y desasosiegos del mundo? Mirar á Dios por la contemplación, que es el escondrijo donde no llegan las conturbaciones de los hombres. Dichosa vida la que se deposita en Dios en compañía de Cristo, porque en mis manos mi vida era temporal, en las de Dios es eterna; en mis manos carnal, y en las de Dios angelical; en mis manos perecedera, y en las de Dios perpetua; en mis manos humana, en las de Dios divina; en mis manos animal, y en las de Dios espiritual. Al fin, en mi poder, todo lo que toca á mi vida y ella es vilísimo, y en las de Dios oro finísimo, porque escrito está (1): *El que aborrece su vida, en este mundo guárdala y asegúrala para la vida eterna.* Eternizas tu vida aborreciéndola, y sacándola del mundo y sepultándola en Dios la tienes segura y sin peligro. Enfadado ya de vivir esta vida animal y terrena, decía el santo Job (2): «Elegió mi ánima un columpio donde estar suspendida y remontada del suelo, y mis huesos la muerte». Por los huesos entiende la vida corporal, porque sobre ellos se sustenta y vive el animal: por el columpio dicen algunos que entendió muerte violenta, como se da á los que ahorcan, que los levantan, á mal de su grado, de la

(1) Qui odit animam suam in hoc mundo in vitam æternam custodit eam.—Jon., 12.

(2) Suspendium elegit anima mea et mortem ossa mea.—Job, 7.

tierra. En las cuales palabras parece pedir este santo varón á Dios que le saque de este mundo, ora por la muerte natural acelerada, ora por muerte violenta. Tanta era la aflicción y desconsuelo en que se consideraba. San Gregorio se levanta más que esto, y dice (1): «Deseaba Job tener su alma en alto, conviene á saber, suspendida y elevada en Dios, para lo cual no hace caso de la corporal vida, antes desea y apetece la muerte; porque si algo hay en el mundo que nos estorbe esta suspensión y raptó en Dios, es (como dice la Sabiduría) nuestra carne y la vida animal que vivimos». Los Santos, como en esta vida no pueden tener perfecto descanso, desean este suspendio ó columpio, que es, desamparando los deseos terrenos, levantarse y suspender el ánimo en las cosas eternas, y de esta manera suspensos y colgados apetece la muerte á sus huesos, esto es, ser desatados de la carne por estar á su salvo y sin estorbo con Cristo. Esta suspensión no es de todos, sino de muy pocos, como dijo un poeta (2):

*Pauci: et quos æquus amavit Júpiter,
aut ardens evexit ad æterna virtus.*

Pocos son, y de Júpiter amados,
los que tal suspensión gozar pudieron.

Pocos, y en amor aventajados.

(1) Greg., lib. 8 *Mor.*, cap. 18.

(2) Virgilio.

Al fin, esta suspensión es de solos aquellos que, aspirando y anhelando, mortificaron juntamente su carne, sin que les quedase gota de sangre del viejo Adán en ella, como decía el mismo Job (1): «Ya quité mi esperanza de todas las cosas del mundo en las cuales suelen tener fijas las suyas los mundanos, y no quiero vivir más ni á mí ni á ellas». Considérome muerto á todo lo que no es Dios, por vivir á sólo Dios.

Muchos levantan los pensamientos á Dios, mas no muere en ellos la carne; y así está su ánima como el pájaro que, pegadas las alas en la liga, desea volar y no puede, da unas arremetidas y hállase asido. *Desea mi ánima*, dice el Profeta (2), *las moradas y palacios de mi Señor, y desfallece deseando*. Sobre este paso dice San Gregorio: «Muchos desean y no desfallecen; porque, aunque desean las cosas eternas, no desamparan del todo las transitorias; no desfallece su ánima, ni se cansa de los deleites y contentamientos terrenos. Aquel desea y desfallece que, apeteciendo los bienes del Cielo, se despide de los de la tierra». Asida en esta liga se hallaba aquella ánima que, considerando que por sí no podía soltarse para ir á Dios y suspenderse, pedía al mismo Dios que la arrebatase (3): «Romped,

(1) Desperavi, nequaquam ultra jam vivam.—Job., 7.

(2) Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini.—Psal. 83.

(3) Traheme post te.—Cant., 1.

Esposo mío, dice, estas ataduras y cadenas con que estoy presa, y *arrebátadme á Vos*, para que me haga una cosa con Vos». No dice: venid y arrebatadme, sino arrebatadme, porque no tiene necesidad Dios de bajar de la alteza de su gloria para llevarse tras Sí las almas, porque con su virtud infinita las arrebatada y lleva. Y aunque muchas veces en la Escritura se dice que Dios viene á nosotros, y que nosotros vamos á Él, siempre se entiende en este sentido: que Su Majestad nos dispone con su gracia para que vayamos, ó con su virtud poderosa nos arrebatada y transmontada de la carne para unirnos consigo.

Y débese notar que la conjunción de las cosas espirituales no se hace como piensa el vulgo, conviene á saber: como las corporales y materiales que mudan lugar y sitio para juntarse y unirse. Una virtud, pues, es con la cual Dios descende á nosotros, y esa misma es con la que nos lleva á Sí. Y eso significa aquella palabra: *Traheme post te*: traedme, desatadme, arrebatadme; porque toda la ansia del ánima esposa de Cristo es unirse con su Esposo y juntarse á Él. Y como sabe que, para perfectamente unirse, sólo el velo de la carne de que está vestida le es impedimento, continuamente desea verle rompido; y, si pudiese sin pecado rasgarle con sus manos, lo haría. *Desdichado hombre*, decía San Pablo (1): *¿quién me librará del cuerpo de*

(1) Phil., 1.

esta muerte? Había olido el tesoro que está en aquel glorioso sepulcro (que arriba dijimos), y como el halcón que ha divisado la garza, no puede sosegar en el alcándara, y trabaja de romper las pigüelas por ir tras de ella, así este divino contemplativo vivía sin sosiego en la carne mortal y deseaba romper las pigüelas y quitarse el capirote del cuerpo corruptible, por ver á Cristo y unirse sin medio con Él. No decía el otro Profeta (1): «Suba yo al pueblo ceñido y ajustado á la voluntad de Dios, y siquiera me coman gusanos y se corrompan y pudran mis huesos». Y porque el fin principal que en todos estos ejercicios tiene el alma, y el que en este tratado pretendemos, es llegar á esta cópula y unión bienaventurada con el Esposo, y á aquel beso que con tanta ansia pide la esposa en el principio de los *Cantares*, me pareció añadir á lo dicho lo que de esta unión he podido alcanzar, y el orden y escalones por donde se sube á tanto bien.

(1) Habac., III, 16.



CAPÍTULO X

DE LA BIENAVENTURADA UNIÓN QUE MEDIANTE
EL AMOR EXTÁTICO HAY ENTRE DIOS Y EL
ALMA.

CONDICIÓN es y propiedad del *bien* (según sentencia del Filósofo) ser de todas las cosas apetecido y deseado. Esto mismo podemos afirmar de la unidad; porque, quien apetece el bien, apetece juntamente el ayuntarse y hacerse uno con él. Boecio dice que tanto tiene una cosa de bondad cuanto de unidad; y que todo lo que es, persevera y es en cuanto es uno, y, dejándolo de ser, necesariamente se ha de acabar. Ejemplo tenemos en el cuerpo y en el ánima; que si del cuerpo quitamos la unidad, esto es, si dividimos las partes que en él están unidas, es forzoso el perecer. Y si ponemos división entre él y el alma, luego se ha de seguir muerte. Pues dividamos los principios del ánima, que son materia y forma: sin duda ninguna se convertirá en nada. La razón de Boecio es maravillosa. Todas las cosas (dice él) desean ser y conser-